

El colchón asesino

A Tadeo Matacán lo encontró su madre en el interior de la cama plegable de su habitación. Estaba muerto. Incomprensiblemente, aquel lecho se replegó sobre sí mismo con el muchacho dentro y él quedó ahogado y medio aplastado.

La policía buscaba sospechosos para una muerte que no parecía accidental. Tadeo pesaba 67 kilogramos y medía 1,74 metros de altura. No era posible que la cama se plegara hacia arriba por sí sola con el cuerpo dentro, la ley de la gravedad puede permitir la caída de los objetos, jamás la subida. Estaba claro que alguien, desde el exterior, levantó la cama con Tadeo dentro y la encajó dentro del mueble. Además, las gomas que sirven para sujetar la colcha y que esta no se deshaga, conocidas como pulpos, cruzaban el cuerpo del difunto y lo agarraban de las muñecas como para evitar que escapara.

No había nadie a quien incriminar. El muchacho no tenía enemigos. Tenía veintinueve años y estaba a punto de independizarse pues se casaba aquel mismo fin de semana, cuatro días más tarde. La madre repetía una y otra vez que aquella noche solo ellos dos durmieron en la casa. Ella enviudó hace seis años y su hija mayor, la hermana de Tadeo, vivía con su marido y sus dos niñas.

Aquella debía ser la última noche que su hijo dormiría en la casa parental, al día siguiente ya marchaba a vivir con su futura esposa, Daniela Stirnu, de nacionalidad rumana; así prepararían mejor los últimos retoques de la boda. La policía seguía preguntando a la madre de Tadeo, pero no obtuvo más información, aquella mujer estaba destrozada por la pena y muy desorientada. Sin duda, ella no podía ser sospechosa, adoraba a su hijo y además no tenía fuerza suficiente para levantar aquella cama. Ella encontró el cadáver de su hijo, es cierto, pero contó con la ayuda de una vecina para desplegar el mueble cama. La desconsolada Daniela tampoco aportó demasiada información, todo era muy confuso para ella. Debía casarse cuatro días más tarde y ahora ya no tenía ni novio ni futuro marido.

La autopsia confirmó que el deceso se produjo por asfixia, la punta de la sábana estaba bien metida dentro de los pulmones de Tadeo; y las costillas y el pectoral estaban ligeramente aplastados por el peso de la madera encajada dentro del mueble. Fue confirmado que la muerte se produjo de forma violenta, pues las muñecas de Tadeo estaban magulladas, como si hubiera intentado desligarse desesperadamente de las gomas o pulpos que las atenazaban.

La policía interrogó a vecinos, amigos y compañeros de trabajo del muchacho fallecido. Pero la investigación no avanzó y el caso quedó cerrado y sin nadie a quien inculpar. Daniela regresó desconsolada a su país de origen y la madre de Tadeo abandonó aquella casa tras ser acogida por su hermana, compadecida por tan trágico suceso. El piso quedó sin habitar pero no fue vaciado, se dejó el mobiliario intacto con la intención de alquilarlo.

Pocas semanas después fue ocupado por tres inquilinas, tres muchachas jóvenes, amigas y estudiantes de primer curso de Arquitectura, que compartirían vivienda para reducir gastos. Vivían lejos de la ciudad y no podían ir y venir cada día de su casa a la Universidad. Dinero no les sobraba, de manera que no hicieron prácticamente arreglos en el piso y lo mantuvieron todo tal y como estaba, tenían suficiente. Cada una se quedó con una habitación: a Sulpicia le tocó la que fue del pobre Tadeo, con la misma cama plegable; a Felicia la de su madre; y a Alicia la de su hermana cuando vivía en casa.

El curso ya había empezado pero no todo eran jornadas de estudio. También había fiestas y desenfreno. Las tres jóvenes eran modernas y liberales y no les importaba compartir amante siempre que la experiencia fuera satisfactoria. Los estudiantes masculinos acudían al piso a repasar las lecciones de clase y lo que se pusiera por delante. Los vecinos estaban hartos de tanto jolgorio y tanto jadeo, pero era gente mayor y preferían tolerar a protestar.

Al poco tiempo ya observaron las dos amigas de Sulpicia que ella no llevaba a su habitación a los amantes ocasionales. Prefería usar las camas de sus dos amigas si estaban libres; o echar un polvo sobre el sofá si las habitaciones estaban ocupadas; o de pie en la cocina, apoyada contra la nevera. No le importaba que pudieran aparecer miradas indiscretas, la cuestión era no practicar sexo en su propia habitación.

Sulpicia afirmaba que en su cama solo dormía ella. Era tan cálida y tan especial, y la dejaba tan descansada y relajada, que no podía compartirla con nadie más. Pidió comprensión a sus dos amigas. Estas concluyeron que el curso ya terminaba y era mejor dejar las cosas como estaban. Ya negociarían para el siguiente año.

El curso llegó a su fin. Las muchachas prepararon por la tarde sus bolsas y maletas, al día siguiente regresaban a la casa paterna hasta el curso siguiente. Ya anoecía y se avecinaba la fiesta de despedida, la compartirían con tres amigos que las pondrían mirando a la Meca, como les gustaba decir. Una cena frugal, música, un poco de alcohol y lo siguiente. Ya habían escogido las parejas y Alicia y Felicia se fueron a sus habitaciones con los pertinentes mansos. Preferían cierta intimidad. Sulpicia se quedó en el comedor, en el sofá.

Por la mañana se levantó Alicia, la primera, y vio durmiendo en el sofá al amante de Sulpicia. Ella estaría en su habitación, en aquella cama tan cálida y especial que la dejaba tan descansada y relajada. Entró en su habitación y la cama estaba plegada, recogida, sin rastro de Sulpicia. ¿Y dónde estaba ella?

Alicia se duchó y preparó el almuerzo para los seis ocupantes de la casa. El amante de Sulpicia no sabía nada de ella, simplemente se dieron las buenas noches después del estimulante folleto, y él se durmió solo en el sofá. Felicia no quería darle importancia, pero estaba nerviosa. Su amiga no salía de casa sin avisar y era la que más dormía de las tres. Últimamente se levantaba la última y llegaba tarde a las clases de la facultad.

Volvieron a entrar en la habitación de Sulpicia, igual dejó una nota. Al amante ocasional de Alicia se le ocurrió bajar la cama, que no la hubiera puesto sobre la almohada. Pero lo que encontraron no fue ninguna nota: allí estaba Sulpicia, tendida, inerte, sin vida, sobre la cama, con una punta de la sábana metida muy dentro de la boca y las manos atadas por las gomas o pulpos, agarrándola para que no escapara.

La policía regresó al piso nueve meses después de la muerte sin aclarar de Tadeo Matacán. La misma muerte, por asfixia. Ligeramente aplastamiento de costillas y tórax, y las muñecas magulladas por los vanos intentos por desasirse de las gomas.

El principal sospechoso fue el amante ocasional de Sulpicia, que también lo había sido anteriormente de Alicia y de Felicia. Una relación sin compromiso, solo sexo, pero nunca practicado en la habitación de Sulpicia, allí solo entraba ella. Este mismo punto fue confirmado por las dos amigas de la difunta y por diversos estudiantes que en los últimos meses pasaron por la piedra a las tres amigas. Todos ellos podían ser sospechosos, pero el caso era muy extraño, tan extraño como el de Tadeo.

Nicanor Cañete, el detective encargado del caso, interrogó telefónicamente a Daniela Stirmu, pues ya residía en su país de nacimiento. Hizo lo propio con la madre de Tadeo, que seguía deprimida por la tragedia vivida. Ambas mujeres señalaron que su hijo y novio tenía una debilidad extrema por su cama. Y ciertamente, en las últimas semanas, cuando se acercaba la fecha de la boda, al muchacho le costaba mucho levantarse y llegaba tarde al trabajo.

Daniela confirmó de que a pesar de haberse quedado los dos solos en el piso en multitud de ocasiones, aprovechando que la madre estaba fuera de casa, nunca hicieron el amor en la habitación de Tadeo. Ella encontraba extraña esta situación, pero su malogrado novio se excusaba diciéndole que igual sucede con los perros, hay camas que son de un único dueño, que no lo tomara a mal. Además, había otras opciones, más excitantes si cabe. Y ciertamente se habían entregado mutuamente en el sofá, el mismo que usó más tarde Sulpicia. También lo hicieron en la habitación de la madre, en la que fuera habitación de la hermana de Tadeo, o incluso en la cocina, de pie, poniéndose Daniela contra la nevera.

Aquello no tenía ningún sentido y el caso volvió a cerrarse como en la ocasión anterior, sin pruebas para inculpar a nadie. Un misterio que se repetía. Alicia y Felicia marcharon como tenían previsto a su población natal y regresaron al inicio del segundo curso de arquitectura. Pero no quisieron repetir tan traumática experiencia y alquilaron otro piso, más pequeño, allí compartirían habitación y amantes si la ocasión lo requiriera. Pero todos juntos y en el mismo momento, era imprescindible anteponer seguridad a intimidad.

Nicanor era un policía algo mayor, ya maduro, separado y sin hijos. Era un hombre serio y solitario, su trabajo y su afición colmaban todo su tiempo. En sus ratos libres se dedicaba al modelismo naval, construía maquetas de barcos del siglo XVII. Su casa la tenía llena de fragatas, galeones, galeras, pataches, galeoncetes, barcos mercantes y de guerra. Todos contruidos hasta el menor detalle: mástiles, trinquetes, vergas, mesanas, alcázares, cofas, culebrillas y espolones. Pero tenía un grave problema, hacía años que no dormía bien. Se despertaba por la noche y no había manera de conciliar el sueño. Las pastillas sedantes ya no surtían efecto y estaba muy desesperado, enfermo de sueño.

Nicanor se sintió atraído por aquel caso tan peculiar y alquiló el piso donde murieron Tadeo y Sulpicia. Tampoco cambió nada, dejó el mismo mobiliario y simplemente trasladó sus pertenencias y sus barcos de colección. Y probó aquella cama fatal, él intuía que necesitaba compañía. Un dueño y solo uno, como algunos perros, que le fueran fiel y no la abandonaran. A cambio, ella le daría calidez y quedaría siempre bien descansado.

Los anteriores ocupantes de la cama la iban a traicionar, abandonarla sin contemplaciones, y ella no lo toleró. ¡Casarse y marcharse de casa, dejarla sin más después de tantos años velando por su descanso! ¡Irse al pueblo y abandonarla durante todo el verano sin la menor compasión! Se tenían bien merecido su final.

Nicanor fue fiel a su cama durante años. No volvió a tener sueños difíciles ni noches en vela. Llegaba tarde al trabajo, pero lo hacía alegre, de buen humor, bien descansado. Únicamente hubo un pequeño incidente: Nicanor recibió una propuesta de cambio de comisaría y traslado a otra ciudad, se trataba de un ascenso. Él respondió que debía meditarlo.

Aquella noche, la cama empezó a moverse y a levantarse, los pulpos le atenazaban las manos y la sábana se le metía por boca, se empezaba a ahogar. Nicanor tuvo tiempo de

gritar tan fuerte como pudo: “¡Basta! ¡No voy a cambiar de ciudad! ¡No quiero el ascenso! ¡Me quedo contigo!”. En ese momento, las gomas dejaron libres las muñecas del policía, la sábana salió de su boca, la cama dejó de moverse y el colchón se dobló a lo largo, como abrazando al detective con cariño, con mucho amor.